

FUGA DE ALMAS

(Ensayo dramático)

Habitación de una casa moderna. En escena el Padre y la Madre.

MADRE.- ¿Quieres **mas** café?

PADRE.- No, gracias.

MADRE.- ¿Viste al abogado?

PADRE.- Estoy citado con él para almorzar. ¿Estás disgustada ?

MADRE.- No, ¿por que habia de estarlo?

PADRE.- Sin embargo, ésta es una situación algo... algo difícil, eso es. Hemos vivido juntos durante veintitrés años; hemos sido felices, cuánto pueden serlo dos personas; ahora, es natural, resulta un poco difícil, repito, separarnos, dejar de vernos. Pero comprende que **mas** difícil aún sería continuar juntos, cuando ya no existe ese cariño, esa atracción que debe haber entre un hombre y una mujer. De seguir así, pronto vendrían los disgustos y es preciso ~~evitarlo~~ evitarlo. ¿Como? Separándonos. Seguiremos siendo amigos, dos buenos amigos y nada **mas**.

MADRE.- Pero, ¿y nuestros hijos? Alfredo tiene ya veintidos años, Carlos es también un hombre y Mary una mujer ¿Que pensarán de ésto?

PADRE.- Ellos son unos chicos modernos, no se asustan por estas cosas, sabrán comprenderlo. Pasaran un poco tiempo contigo y otro conmigo.

MADRE.- Si, pero... no sé,...no sé...; tengo miedo. Esto no es bueno, no es ejemplar.

PADRE.- ¡Bah! No te preocupes, son ya hombres formados.

ALFREDO.- ¡Hola, papá! ¿Que hay, mamá?

MADRE.- ¿Viniste muy tarde anoche?

ALFREDO.- ¡Psch! Regular. Estuve con unos amigos. Echame mas café.

MARY.- (entrando, a Carlos) Lo pasamos estupendamente. Debes venir hoy. Es bestial. Buenos días.

CARLOS.- Buenos días.

MADRE.- ¿Habeis descansado bien?

PADRE.- ¿Por donde andaste anoche? No te ví en casa de tu amiga Menchu.

MARY.- No, fuimos al nuevo Bar Americano. Aquello es delicioso. Bailamos hasta cerca del amanecer.

Este tonto de Carlos no quiso venir. Se pasaria la noche mirando a la luna o leyendo a San Agustín. ¡Que barbaridad! ¡Que fuerte le ha entrado! Si continua así llegará a obispo, pero le dejaré Niní Gomez.

CARLOS.- Bastante que me importa a mi esa coquetuela, sin pizca de seso.

MARY.- Claro, tu prefieres a las sabihondas, a una de esas que llevan al oír una música lejana, que se emboban mirando a las estrellas y que suspiran hondamente al escuchar una rima de Becquer. Te felicito por tu gusto, pues éstas siempre suelen ser, además de cursis, feas como Picio.

ALFREDO.- Las mujeres, tanto unas como otras, no valen un mal pensamiento del hombre.

MARY.- Ya salió el otro. Quizá valga mas unas cuantas ideas revolucionarias, mal entendidas, que son aberraciones de inteligencias enfermas y que llevan a cometer actos estúpidos sino pudieran resultar trágicos.

ALFREDO.- Claro, lo mejor va a resultar esa re-

concentrada tontería y esa desvergüenza de las niñas de hoy, cuya mayor disculpa es que no saben ni lo que hacen, como animalitos muy monos, muy delicados, pero irracionales.

MADRE.- Vamos a dejar la discusión a un lado, pues que a nada conduce, sino es a enemistar a los hermanos.

PADRE.- Yo me marcho. Tengo que hacer en la ciudad.

MARY.- Espera, papá, voy contigo. Me dejas en casa de Menchi. (salen)

MADRE.- ¿Vosotros vais a salir?

CARLOS.- Yo no tengo gana.

ALFREDO!.- Unos amigos quedaron en recogerme. Les esperaré.

MADRE.- Entonces yo me llevaré el otro coche. Hasta luego, hijos.

ALFREDO.- Adiós, mamá.

CARLOS.- ¿A quien esperas?

ALFREDO.- A Pepe y Gonzalo.

CARLOS.- No debieras ser amigo de esos.

ALFREDO.- ¿Por qué? ¿Son acaso empedernidos calaveras o unos rematados sinvergüenzas?

CARLOS.- No, son algo peor, son unos pobres perturbados a consecuencia de unas ideas venenosas que no han sabido comprender; son unos ejemplares de esa nueva serie de hombres que quieren reformar el mundo sinsaber por qué ni para qué, y sin ver las fatales consecuencias de sus descabelladas maniobras, ni el absurdo estúpido de sus ideas..

ALFREDO.- No, si los mejores son esos otros calaveras que gastan y derrochan dinero porque no han sabido ganarlo, y cuando no tienen roban; gente incapaz de tener una idea propia ni una iniciativa original; a quienes nada les importa atropellar o hundir en el dolor a seres humanos si con ello consiguen sus deseos, porque se creen superiores a los demás, cual nuevos semidioses; o, como esos otros, que ni siquiera saben porque son, ni se imaginan que han nacido para otra cosa sino es para divertirse, muñecos de cartón y trapo que el viento mueve y deshace. Pero no quiero discutir contigo de estas cosas. Tu tienes unas ideas, yo otras.-

CARLOS.- Si, eso es lo malo, que cada cual piensa una cosa distinta; el mundo se divide y cada

vez se alejan mas unos de otros; el abismo entre un alma y otra es cada vez mayor y cada vez mas profundo; la comprensión y la bondad se hunde n en ese abismo, y solo quedan, arriba, el odio y la intolerancia -la negación- que destruye y mata.

ALFREDO.- Ya están ahí mis amigos. Me marcho.

Que te diviertas con tus...filosofías..(sale).

CARLOS(solo) Y lo peor es que no es toda la culpa de ellos. Nuestra familia es una representación del mundo en esta hora: todos juntos y todos lejos. Cada cual piensa, siente y obra de modo distinto a los demás. Y es que no existe esa unión, ese respeto que debe haber a la sagrada institución familiar. Los padres ajenos a la educación de los hijos, disolutos e inconscientes, al margen de toda responsabilidad; los hijos alejados de los padres, porque no ven ejemplaridad en sus acciones. Igual que los pueblos, distantes entre sí, separados por ideologías opuestas y erróneas... Y los que ven el mal que avanza, que progresa, se encierran en su pesimismo, incapaces de acción y se lamentan sin decidirse a po-

ner remedio... Se me han acabado los cigarrillos. Quizá Alfredo se haya dejado alguno en esta americana. Veamos. Si, tiene aquí cigarrillos. Y esto ¿que és ? Una carta... ¿De quien será ?... (la abre para leerla) "Acuso recibo de la cantidad enviada anteriormente. Espero que cumplárás lo prometido, llevando mañana, a la casita del bosque, las cien mil restantes, a las doce de la noche. Todo hay que hacerlo, aunque cueste trabajo, por la idea y..." Pero esto es infame, canallesco. No puedo creerlo, robando a su familia a nosotros, para conseguir sus fines malditos. No, no puedo consentirlo, ha llegado la hora de obrar, de no lamentarse. Esta noche iré a esa casita...

Habitación en una casa de campo. Al fondo una gran ventana. Se ve algunos árboles y una franja de mar.

En escena Alfredo y cuatro amigos.

UNO.- Muy bien. Todo está conforme; has cumplido tu palabra.

ALFREDO.- ¿Y que te creías? Cuando se lucha por un ideal todo sacrificio, incluso nuestra vida, es poco.

OTRO.- Hombres como tú son los que necesitamos. Decididos, valientes, leales, sin ninguna ligazón que les una a cosa distinta de nuestros fines.

ALFREDO.- La única que podría existir es el amor a mi familia; pero cuando se la vé tan dividida, tan poco ejemplar, derrochando estupidamente un dinero que para tantas cosas grandes puede servir, este lazo se rompe y nos separa, importándonos poco lo que sea de su vida.

UNO.- Hablas muy bien y con mucha razón, ahora tu te quedarás aquí, guardando cuan-

to hay yeen especial ese dinero. Nosotros iremos a dar el golpe.

ALFREDO.- Será peligroso y yo quisiera ir con vosotros.

UNO.- No, tu haces mas falta aquí, para prepararlo todo por si saliese mal. Además, sería violento para tí, pues se trata de dar muerte a un hombre y, para eso, no sirves.

ALFREDO.- ¡Que os creéis eso! Dejadme ir y vereis.

UNO.- De todas formas debes cumplir las órdenes. Quien manda, manda. Y si fracasase por no atenernos a sus instrucciones, sería mucho peor. Este increíble "trabajo" nos hará dueños de la situación por todo lo cual son necesarias muchas precauciones.

ALFREDO.- Está bien.

UNO.- Nosotros nos vamos; tu ya sabes lo que tienes que hacer. Si surge algo imprevisto, en tus manos está el que no tenga consecuencias graves.

(Salen todos menos Alfredo. Este se queda solo. Enciende despacio un pitillo y se sienta. Se abre la puerta y entra Carlos.)

ALFREDO.- ¡Carlos!

CARLOS.- Si, yo soy. Y vengo dispuesto a impedir que con tu locura cometas la peor de las infamias.

ALFREDO.- ¿De que hablas?

CARLOS.- Lo sé todo. Leí esta carta. Quiero ese dinero que has robado de casa.

ALFREDO.- ¿Para qué? ¿Para gastartelo?

CARLOS.- Para volverlo al sitio de donde tu jamás debiste haberlo sacado.

ALFREDO.- Escucha bien, Carlos. Ese dinero, que allá solo serviría para sostener una vida licenciosa, es necesario para lograr una causa justa; y tu, aunque seas mi hermano, no lograrás impedirlo.

CARLOS.- ¿Una causa justa que no te impide hacer semejante canallada? Dame ese dinero y harto haré con no darle a ésto toda la trascendencia que merece; que por esta causa, bien puedes verte en la cárcel.

ALFREDO.- Aún queriendo ya no podría: Se lo han llevado.

CARLOS.- ¡Mientes! He oído la conversación de tus amigos; sé que está en un cajón de esa mesa y voy a cogerlo.

ALFREDO.- ¡Quieto, Carlos! No me obligues a hacer lo que no quisiera. (Carlos desvia rápidamente el revólver y luchan, pero Alfredo se deshace de él y le apunta).

CARLOS.- ¡Miserable!

ALFREDO.- Si das un paso más, disparo.

CARLOS.- No serás capaz, monstruo; eres un cobarde.

ALFREDO.- No te acerques, Carlos (dispara y Carlos cae al suelo) Yo no quería hacerlo, pero tu te has cruzado en un momento decisivo y por tí no iba a fracasar todo el trabajo y toda la lucha de muchos años... Pero, ¡Dios mío!, esto no es bueno. Esa sangre que corre de su pecho es mi misma sangre...;

unos breves instantes hacen que en ese cuerpo alentaba una vida fuerte y ya solo es un montón de caliente carne; toda una arrogante y prometedora juventud segada, ¿para qué?... Para conseguir unos fines tal vez equivocados... ¡Yo desvarío!... me siento como loco. Si, era necesario hacerlo, tenía de morir..., morir..., morir... ¿Para qué...? Otro subirá arriba, sobre estos escalones de sangre y seguirá, de forma distinta, la misma dirección. Y para ésto, ¿vale la pena sacrificar

en sunplenitud una vida feliz? ¡Dios mio!

¡Dios mio!

(Se pone las manos sobre el rostro.— Por la puerta, que quedó abierta, se oye hablar a)

MADRE.— Es usted un hombre encantador. Entre-
mos y pidamos hospedaje aquí, hasta que mañana
podamos arreglar el auto. Que poca luz tiene
esta habitación.

ALFREDO.— ¡Madre!

MADRE.— Alfredo, ¿que haces aquí? Nosotros iba-
mos hacia casa cuando se nos averió el auto;
decidimos refugiarnos en esta casa, porque es-
tá diluviando. Este es un señor muy simpático,
extranjero. ¿Que le parece mi hijo?

HOMBRE.— Que no debe Vd. presumir mucho de él.
Es ya un hombre.

MADRE.— ¿Eh? ¿Que es esto? **¿ El** cuerpo de un
hombre..., está muerto. ¿Que ha pasado? ¿Quien
le mató?

ALFREDO.— Yo fui

MADRE.— ¿Tu! ¿Tu has...

ALFREDO.— Si, yo le he matado... Yo, que soy
el peor de los monstruos, el mas despreciable

de los seres... Si, yo fui; pero no me mires de
esa forma, con esos ojos de espanto; escúpemes,
pisotea mi rostro, m'tame, como yo maté a... mi
hermano.

MADRE.— ¿Carlos? Si... ¡ es él! ¡Mi hijo!

(Un grito y se desmaya(

HOMBRE.— Se ha desmayado. Ayúdeme usted. Vaya por
agua, por algo para reanimarla...; aunque tal vez
fuera mejor que no despertara; así, el tiempo
que dure su letargo, restará dolor a su corazón.

ALFREDO.— (Como loco, hablando consigo) Yo me
marcho. Quiero huir, huir de mi mismo; marchar,
marchar sin descanso ni tregua, hasta caer ren-
dido, para no sentir esta angustia que devora mi
alma. Veo dentro de mi la enfurecida mirada del
Dños que perseguía a Caín, de ese Dios en quien
no he pensado ni creído...; percibo como una in-
sana locura se apodera de todo mi ser y cómo mi
inteligencia se oscurece... ¡Deseo morir aunque
en la muerte sólo encuentre tormentos y desola-
ción! ¡Quiero llorar y las lágrimas no acuden
a mis ojos! ¡Correr, pero mis piernas se niegan
a avanzar! (Sale tambaleándose)

HOMBRE.-; Dios mío! En este mundo, las almas se
separan, se distancian y huyen de las demás,
y lo que es peor, de si mismas! ¿Adonde nos
llevará esta terrible confusión, esta fuga
de almas?

Septiembre 1.950.

POESIAS